



**HAL**  
open science

# Parentescos por elección y servicio doméstico en Bogotá

Félicie Drouilleau

► **To cite this version:**

Félicie Drouilleau. Parentescos por elección y servicio doméstico en Bogotá. Françoise Lestage, María Eugenia Olavarría. Parentescos en un mundo desigual: adopciones, lazos y abandonos en México y Colombia, Universidad Autónoma Metropolitana; Miguel Angel Porrua, pp.57-81, 2011, 978-607-401-463-1. halshs-02489041

**HAL Id: halshs-02489041**

**<https://shs.hal.science/halshs-02489041>**

Submitted on 1 Apr 2020

**HAL** is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

## Parentescos por elección y servicio doméstico en Bogotá

**Félicie Drouilleau**

Doctoranda en Antropología

École des Hautes Études en Sciences Sociales

Laboratorio LISST-CAS

Traducción del francés: Jean Hennequin

En Colombia, lo mismo que en numerosos países latinoamericanos, durante la segunda mitad del siglo XX el servicio doméstico era asunto casi exclusivo de mujeres o muchachas solas, quienes abandonaban el campo para emigrar a las ciudades en busca de un medio de subsistencia o de mayor libertad. Desde muy temprana edad dejaban a sus familias – con frecuencia familias de pequeños campesinos – para irse a vivir, como “internas”, al hogar de sus patronos (León, 1987; Alzate Echeverry *et al.*, 1986; García Castro *et al.*, 1981; Quintero, 1981). Separadas de su medio social de origen, estas mujeres establecían en ocasiones lazos con la familia de sus patronos. Las relaciones de padrinazgo, a menudo impregnadas de relaciones de poder, sellaban un contrato de honor y lealtad con los padrinos-patronos. Cuando el padrinazgo se celebraba antes de la migración, mediante el rito del bautizo por ejemplo, implicaba un “camino” marcado de antemano para las bocas hambrientas de las familias campesinas más necesitadas<sup>1</sup>. En cambio, llegar a ser ahijado del patrono durante el ejercicio del trabajo, podía significar un acercamiento afectivo deseado y agradable. En efecto, trabar lazos de parentesco ritual con sus empleadores puede atenuar el sentimiento de soledad cuando se vive lejos de sus propios padres. En estos casos el padrinazgo se formaliza en ocasión de la comunión, o bien mediante rituales no reconocidos por la institución eclesiástica, como la presentación ante el Cristo de la iglesia de Monserrate, una peregrinación muy popular de la capital colombiana. Sin embargo, estos parentescos por elección no son regla general en las relaciones entre empleadores y empleada en Bogotá. En la mayoría de los casos los intercambios suelen ser ambiguos: si bien se afirma que la criada es “como mi hija”, “como de la familia”, los límites se encuentran claramente marcados entre quienes atienden y quienes son atendidos. Ampliamente documentada en los estudios de antropología y sociología sobre el trabajo doméstico en todo el mundo, la “analogía familiar” (Romero, 1992), la “metáfora familiar” (Young, 1987) o la “ficción familiar” (Bernardo, citada por Weber, 2005) ha sido objeto de numerosas elaboraciones teóricas: ¿Se trata de un paternalismo que implica la dedicación de las empleadas, a cambio de la protección del patrono (Young, 1987)? ¿de un “maternalismo” en el cual prevalecen las relaciones entre empleada y patrona (Rollins, 1990)? ¿o del simple deseo de ser tratada como igual (Vidal, 2007)? El hecho es que el estatuto de estos intercambios afectivos continúa siendo objeto de debate.

---

<sup>1</sup> Así, Jimena fue enviada a vivir con sus padrinos de bautizo cuando apenas contaba con tres años de edad. Sus padrinos, de una clase social un poco más acomodada, tenían el compromiso de criarla y darle educación, a cambio de que ella se encargara del trabajo doméstico. Este “don” del hijo por medio del servicio doméstico, se asemeja a la colocación de los hijos, un fenómeno que han identificado los estudios históricos sobre las regiones rurales de Brasil (para una reseña de estos estudios, véase Claudia Fonseca, 1985). Esta autora menciona “la práctica que tenía el agricultor pobre de enviar a sus hijos, desde la edad de seis o siete años, a vivir con una familia más acomodada” (Fonseca, 1985: 997). Aunque el niño se designaba como *filho de criação* (hijo de crianza), se le trataba más bien como a un empleado doméstico.

Como quiera que sea, el sitio ocupado por los hijos de las empleadas domésticas dentro de la *seudopertenencia familiar* rara vez se ha investigado. En los años 1980, los trabajos precursores sobre el servicio doméstico en América Latina (Chaney y García Castro, 1993 [1989]) han evocado la difícil coexistencia del estatuto de madre y de criada “interna”. Iris Duarte (1993 [1989]) ha demostrado así que las trabajadoras a domicilio de la República Dominicana tenían una tasa de fecundidad menor. En su opinión, “las condiciones de trabajo de las trabajadoras del hogar son incompatibles con el embarazo y la socialización (crianza) de los hijos” (1993 [1989]: 191). Por consiguiente, cuando estas mujeres se embarazan dejan de trabajar algún tiempo, para encargarse posteriormente su progenitura a familiares, a menudo a los abuelos. Al distanciamiento afectivo se aúna la distancia geográfica, puesto que madre e hijo con mucha frecuencia viven en ciudades distintas. Sin embargo, en Colombia el servicio doméstico “por días” va remplazando poco a poco la modalidad “interna” (León, 1993 [1989]; Cárdenas y Harker, 2006). Durante nuestra encuesta hemos encontrado a cierto número de mujeres, de unos cincuenta años de edad aproximadamente, que habían empezado a trabajar a domicilio, para luego irse a vivir con el padre de sus hijos. Algunas de ellas habían abandonado el servicio doméstico y vuelto a recurrir a esta forma de sustento, “por días”, en caso de abandono por su compañero o de dificultades financieras. En ocasiones los hijos las acompañaban al domicilio de los empleadores, ya fuera para ayudar a su madre en el trabajo, o simplemente debido a que ésta no había encontrado una solución para cuidarlos. Por otra parte, nuestro estudio ha puesto en evidencia que, en Colombia por lo menos, ciertas empleadas “internas” pueden tener consigo a niños de corta edad, en la casa de sus empleadores (como es el caso de nueve mujeres, de unas cuarenta entrevistadas<sup>2</sup>). Se trata de personas que llegaron embarazadas o que se enteraron de su estado durante el ejercicio de su trabajo. Al nacer el niño, se concede a éste la autorización de permanecer con los empleadores, durante un período que suele ir de algunos meses a algunos años. Sin embargo, una de las mujeres interrogadas residió durante diez años con su hijo en la casa de sus patronos.

Como se advierte, las empleadas domésticas no se encuentran excluidas sistemáticamente de la maternidad y, bajo ciertas condiciones, les es posible conciliar la vida familiar y el trabajo doméstico. Finalmente, sus hijos conocen a sus patronos, con quienes en ocasiones pueden incluso convivir, compartiendo con ellos los alimentos, el techo y la vida cotidiana. Una investigación de campo de trece meses en Bogotá<sup>3</sup>, realizada en el marco de nuestro doctorado en antropología sobre el tema “Parentesco y trabajo doméstico femenino”, nos permitió profundizar en estas cuestiones. En particular, nos fue posible llevar a cabo cincuenta y tres entrevistas a empleadas domésticas y a sus hijos, gracias a un trabajo de colaboración con un jardín infantil de una colonia popular y un

---

<sup>2</sup> En nuestra encuesta, la proporción relativamente elevada de mujeres “internas” que vivieron con su hijo en la casa de sus empleadores, quizá se deba a las condiciones en las cuales se llevaron a cabo las encuestas. En efecto, de unas cincuenta entrevistas, aproximadamente, ocho se realizaron en un jardín infantil de una colonia popular próxima a una zona acomodada. Ciertas criadas a domicilio, que trabajaban y vivían en la colonia rica, acudían a esta escuela para escolarizar a sus hijos, que vivían con ellas en la casa de los patronos. De las ocho mujeres entrevistadas en esta escuela, seis habían tenido esta experiencia – cuatro durante un período reciente (las otras dos eran hijas de trabajadoras domésticas, que se habían criado en el domicilio de sus empleadores).

<sup>3</sup> Estas distintas temporadas de investigación (cuatro, en total) fueron financiadas por el programa de cooperación internacional *Ecos-Nord*, titulado “Historias de vida, historias de mujeres. La identidad colombiana de los años 1980 a nuestros días”, por un apoyo económico al trabajo de campo por parte de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*, y por un Apoyo a la Movilidad Internacional Estudiantil (AMIE) de la región Ile-de-France.

programa de reinserción del ayuntamiento. A partir de un relato de vida – el de Cecilia<sup>4</sup>, y luego el de su hija Laura – nos interrogaremos, por una parte, acerca de los efectos del servicio doméstico sobre las relaciones de parentesco y, por otra, acerca de la naturaleza de las relaciones que se establecen entre los empleadores y los hijos de las trabajadoras domésticas. Pero previamente a ello, con el fin de situar estos relatos dentro de su contexto histórico y social, evocaremos la especificidad de la trayectoria migratoria de las empleadas domésticas de la capital colombiana durante las últimas cinco décadas.

### **Violencias, migración y circulación de los hijos**

Pueden definirse distintas oleadas migratorias, más o menos relacionadas con los conflictos armados que sacudieron al país durante la segunda mitad del siglo XX. La guerra civil entre liberales y conservadores, mejor conocida como la “Violencia”, que estalló entre los años 1948 y 1953, provocó el exilio de unas 400,000 familias campesinas (Osorio Pérez, 2003). Las relaciones entre este exilio y el trabajo doméstico están muy poco documentadas y no es fácil apreciar el impacto del conflicto en las trayectorias migratorias de las empleadas domésticas de aquel entonces. Este exilio daría paso a una importante migración rural hacia las ciudades en el transcurso de los años 1950. El proceso de acelerada industrialización, así como el desarrollo de una agricultura capitalista, provocarían un verdadero éxodo rural. Ana Rubbo y Michael Taussig (1981) señalan que esta industrialización no implicó mayores oportunidades de empleo en esta rama para las mujeres, pero sí creó una oferta sin precedente de empleadas domésticas. De acuerdo con estos autores, las desigualdades sociales se habrían acentuado en el país desde los años 1930, sobre todo en beneficio de las clases medias y altas, las cuales pudieron elevar su nivel de vida y convertirse en importantes solicitantes de servicios domésticos. Hacia finales de los años 1970, los efectos perversos de la urbanización acelerada se hicieron cada vez más evidentes. Las migraciones rurales hacia las ciudades se redujeron. Por otra parte, entre finales de los años 1980 e inicios de los 1990, los conflictos sociales fueron generalizándose. Al narcotráfico y al terrorismo urbano se sumaron las nuevas ofensivas de la guerrilla, el surgimiento de los grupos paramilitares y la acción de todo tipo de delincuencia común. Se produjeron entonces nuevos flujos migratorios: los desplazamientos forzados, a través de los cuales los migrantes ya no buscaban solamente trabajo o un acceso a la educación, sino simplemente amparo y seguridad (Martínez Gómez, 2006). Entre estos migrantes, las mujeres con frecuencia eran mayoritarias. Se trataba de madres de familia, que debían luchar por la supervivencia de su familia, ya que sus compañeros habían sido muertos o reclutados por la fuerza por un grupo armado; encontraban trabajo en los grandes centros urbanos, como empleadas domésticas o vendedoras ambulantes (Meertens, 1999 y 2001; Drouilleau, 2009). Sin embargo, paralelamente a estas migraciones forzadas y al nuevo perfil de las empleadas domésticas en Bogotá, hasta la fecha sigue existiendo un modo de reclutamiento tradicional de los niños y las jóvenes empleadas, cuyas bases son más económicas que políticas (Barreto, 2001; Meertens *et al.*, 2008).

---

<sup>4</sup> Los nombres de las trabajadoras domésticas, sus hijos y sus patronos, se modificaron con el fin de preservar su anonimato. Por otra parte, estos seudónimos difieren un poco de los que hemos usado en nuestros artículos y comunicaciones anteriores. En efecto, nos pareció necesario proceder a una elección más adecuada de estos seudónimos, en función de la edad, así como del origen social, regional y étnico. Finalmente, con el objeto de facilitar la lectura, el Cuadro que presentamos al final del presente artículo, recapitula los principales datos de las personas interrogadas y citadas, tales como su nombre, edad y ocupación.

De esta manera, las fases de violencias que marcaron la historia del país durante la segunda mitad del siglo XX también dieron lugar a flujos migratorios forzados, tales como el exilio ligado a la Violencia y los desplazamientos de los años 1990-2000. Sin embargo, las trayectorias de las mujeres que emigraron en los años 1960-1970 bajo el impacto de cambios radicales, tanto en la economía urbana como en la economía campesina, no están exentas de violencias. Estas violencias son de otro tipo (suelen ser de tipo sexual y familiar) e implican formas de dominación patriarcales y sociales. Así, Donny Meertens menciona que el control de los pequeños campesinos en las haciendas cafeteras de principios del siglo XX implicaba en amplia medida la apropiación del cuerpo de las mujeres y de su sexualidad por parte de los hacendados y sus subalternos (2000). A este respecto cabe señalar que el universo campesino de esa época, regido por estrictas normas patriarcales, ofrecía pocas alternativas de vida para las mujeres. De ahí que el servicio doméstico pudiese aparecer como una oportunidad para acceder a una mayor libertad (Meertens, 2000) y una manera para escapar del maltrato familiar, así como de las violencias sexuales.

La historia de vida de Cecilia ilustra claramente esta colusión de las violencias políticas, familiares y sexuales en el universo campesino tolimense<sup>5</sup> de los años 1950-1960. Su padre, Abel, un terrateniente relativamente acomodado, fue asesinado durante la Violencia, cuando Cecilia apenas contaba con tres meses de vida. En efecto, la región del Tolima resultó particularmente afectada por los enfrentamientos bipartitos. Algún tiempo después su madre, Eufrasia, fue amenazada a su vez y debió huir. Dejó encargados con sus suegros a su hija y a su hijo, que apenas tenían algunos años de edad. Los abuelos también lograron huir y fueron a refugiarse a los Llanos, una región limítrofe menos afectada por la ola de violencias, donde vivía una de sus hijas. Cecilia se criará así en su familia paterna junto con su hermano, Cristóbal. Sin embargo, a la muerte de su abuela ambos huyen con algunos meses de intervalo, debido al maltrato que reciben de su abuelo: mientras que su hermano es golpeado regularmente, Cecilia es víctima de las insinuaciones sexuales del abuelo y teme ser violada. Apenas cuenta con unos diez años de edad cuando confía a una conocida los “problemas que tenía”; ésta le propone entonces ayudarla “a escapar con una familia”, colocándola como criada en Bogotá. Con un caballo prestado huye del pueblo familiar, se encuentra con la familia que la recibiría y se va con ellos a la capital, donde cuidaría a una niña. Cecilia comienza así su vida como pequeña sirvienta en la capital colombiana, yendo de hogar en hogar. No faltan las patronas “locas”, que incluso la corren en plena noche<sup>6</sup>; pero ella misma no duda en huir, cansada de tanto maltrato, sabiendo que encontrará fácilmente un nuevo empleo como sirvienta<sup>7</sup>.

Los testimonios de empleadas domésticas que emigraron siendo niñas en los años 1960-1970, mencionan con frecuencia estas fugas del hogar familiar, debido al maltrato y/o las violencias sexuales (Drouilleau, 2009). Estas fugas, reveladoras de una sociedad tradicional particularmente marcada por la violencia familiar, también ponen en evidencia el impacto y la influencia de los lazos de parentesco sobre las causas de la migración. En estos relatos de “fuga”, el servicio doméstico se concibe como un camino hacia la autonomía. En efecto, estas muchachas ganan un salario que les permite “comprar [su] ropa a [su] modo [...] [ir] al salón de belleza” y vivir su sexualidad de manera un poco más libre.

<sup>5</sup> De la región del Tolima.

<sup>6</sup> “Una vez di con una patrona, yo creo que la señora era como loca [...] Me echó a la calle a la media noche”.

<sup>7</sup> Los testimonios de mujeres que se desempeñaron como empleadas domésticas en los años 1960-1970, insisten en la relativa facilidad con la cual era posible, en aquel entonces, encontrar un empleo en esta rama. Al parecer esto ha dejado de ser el caso en la actualidad, y las trabajadoras domésticas son mucho menos libres de dejar su empleo cuando no están conformes con su salario y/o la manera como las tratan.

Sin embargo, esta puerta hacia la libertad resultaría muy engañosa, ya que los patronos pasarían a ocupar el lugar de las figuras familiares de la autoridad en el control de la vida de estas mujeres. Además, son innumerables los casos de violaciones y de acoso sexual en el trabajo. Por último, el modelo masculino urbano que sigue vigente en los años 1970, en ocasiones no difiere mucho de los postulados patriarcales del medio campesino de la época. Así, cuando Cecilia se va a vivir con el padre de su primera hija, ésta la golpea regularmente. Su cónyuge proviene de una clase social superior, mientras que ella no es, en sus propias palabras, sino una “hija del viento”. Este joven, que era vecino de sus patronos, se enamoró de ella y le propuso que vivieran juntos. Pero los problemas de droga pronto destruirían su relación, y Cecilia regresaría a vivir con su hija en la familia paterna. Después de numerosas peripecias, finalmente vuelve a encontrarse con su madre en el Tolima. No tardan en enojarse y Cecilia regresa a Bogotá. Trabaja primero en una lechonería<sup>8</sup>, y de nueva cuenta como “interna”, con su hija de cuatro años. Comienza entonces un largo y complejo proceso de distribución de los hijos. En efecto, los suegros de Cecilia pretenden quitarle su hija. A través del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar<sup>9</sup>, logran obtener la custodia de la niña porque, explica Cecilia, “yo era pobre y [...] yo no tenía que darle [...] Y ellos tenían [...] en esa época ellos tenían ¡tres casas! ¡Tenían carro, tenían motos!”. A lo que agrega: “Entonces era lógico, ¿no? Era natural [...] y en esa época los hijos se los daban a las personas más pudientes”. Con todo, Cecilia logró recuperar a su hija por la fuerza y la envió con su madre al Tolima. Sandra permanecería allí hasta los diecisiete años. Sin embargo, Cecilia la visitaría regularmente y ahorraría todo su dinero para hacerle pequeños regalos. La historia de Sandra, fruto de una unión entre personas de diferente clase social, quizá parezca excepcional en una sociedad colombiana muy jerarquizada y segmentada. No obstante, hemos encontrado algunos casos similares, en particular de relaciones entre una empleada doméstica y su patrono. El elemento más destacado de estas relaciones es sin duda la tendencia a negar la capacidad de estas mujeres para ser madres y asumir económica y afectivamente su papel parental. Esta suspicacia tendrá como efecto el de separar a Sandra de su madre durante toda su infancia y adolescencia. Pero la colocación de Sandra con su abuela no hará sino dar inicio a un ciclo de “circulación” de los hijos de Cecilia entre distintas casas hogar e instituciones.

El fenómeno de la “circulación de los hijos” en el medio urbano latinoamericano fue señalado por Claudia Fonseca en una investigación que realizó en 1981 sobre colonias irregulares en Brasil (1985). Con base en trabajos de historiadores y antropólogos, esta autora muestra la importancia que tiene la circulación de los hijos entre las capas populares brasileñas: “entre las 120 familias que contacté durante esta investigación, contabilicé a un centenar de personas que habían vivido su infancia con distintas madres: madrinas, abuelas y otras madres de *criação*” (2000: 55). En fechas muy recientes, varios autores han retomado este concepto para referirse a la especificidad de los lazos de parentesco en los Andes peruanos, o bien al noroeste del Ecuador (Leinaweaver, 2007 y 2008; Walmsley, 2008). En Colombia, dejar encargados a sus hijos con miembros de la familia constituye hasta la fecha – aunque en menor medida – una estrategia de las mujeres que desean trabajar como “internas”. Así, Yenny ha optado por dejar a una de sus hijas con sus padres, a su segundo hijo con su tía, mientras que ella vive con su tercer hijo en la casa de sus empleadores en Bogotá. Entre las causas de su migración señala las condiciones

---

<sup>8</sup> Negocio que se dedica a elaborar lechonas (lechones rellenos).

<sup>9</sup> Instituto gubernamental colombiano que se encarga de las políticas familiares y se dedica, en particular, a colocar a los niños en familias.

particularmente difíciles que privan en el Meta, su región de origen, así como el hecho de que no quiera que sus hijos jueguen a ser guerrilleros y paramilitares<sup>10</sup>.

De igual manera, Cecilia dejará a sus hijos bajo el cuidado de distintos miembros de su familia extendida.

### Esquema 1

Después de haber enviado a Sandra a la casa de su madre, se encuentra con Francisco, el padre de cuatro de sus otros hijos. Vivirán juntos durante un tiempo; pero cuando se separan, Cecilia debe ganarse la vida. No puede seguir ocupándose de sus hijos y solicita ayuda a sus suegros, Josefina y Joaquín, para que se encarguen de sus dos hijas menores. Posteriormente empieza a trabajar como “interna”, cuando se embaraza de un cuarto hijo. Un poco más tarde nace un quinto hijo, del mismo padre: John, a quien enviará con su familia materna. Laura permanece durante algunos años con su madre en la casa de sus empleadores, antes de ser confiada a un internado-orfanato<sup>11</sup>. Varios años después nace Andrés, de otro padre, Víctor. Residirá con su madre en la casa de sus patronos hasta cumplir dos años de edad, y se irá a vivir con Cecilia a una casa que renta en una colonia popular de la ciudad. Hoy en día, Cecilia comparte su pequeña habitación en la región norte de Bogotá con Andrés y Gerardo, el hijo mayor de Sandra.

Como se advierte, las migraciones de las empleadas domésticas de Bogotá durante la segunda mitad del siglo XX, marcadas por las violencias políticas, económicas y sexuales que hacen la historia de Colombia, se encuentran íntimamente relacionadas con la transformación de las estructuras familiares de estas mujeres. En efecto, hasta principios de los años 1980 – cuando el empleo como “interna” era mayoritario – la migración ligada al trabajo doméstico suponía necesariamente una ruptura con el medio social de origen y su propia familia. Por otra parte, la intimidad y la vida privada de la empleada estaban rigurosamente controladas por los patronos, quienes a menudo le impedían recibir la visita de amigos y amantes en las casas donde vivía y trabajaba. Bertha Quintero señala que en los años 1980 numerosos patronos exigían “a la empleada doméstica interna [...] que no cumpl[iera] con ninguno de los roles que le ha impuesto el medio social por siglos, como son: el de ser hija, esposa, madre o hermana” (1981: 38). Finalmente, se le dificultan las relaciones con sus propios hijos debido a la poca aceptación de su presencia en el lugar de trabajo, y a la orden encubierta de dedicarse a los hijos de sus patronos. En estas condiciones, el fenómeno de la circulación de los hijos aparece como un medio para soslayar la separación con sus propios hijos. En efecto, las familias dispersadas desde la infancia en no pocas ocasiones vuelven a reunirse en la edad adulta: “la sangre atrae a la sangre”, como reza la fórmula que refiere Claudia Fonseca (2000: 57), aunque estos sucesivos distanciamientos no dejan de incidir en las relaciones filiales y de germanidad. Durante estas separaciones, los hijos, encargados a miembros de la familia, vecinos o conocidos, establecerán lazos de parentesco por elección, tanto oficiales como oficiosos, con sus padres de crianza. Veremos, por ejemplo, cómo Laura, una de las hijas de Cecilia,

---

<sup>10</sup> “Es que ellos empiezan a jugar y que: ‘Ay que yo soy el guerrillero, que soy paramilitar. Y yo te mato, y...’ ”.

<sup>11</sup> Cuando se refiere a la institución donde fue colocada, Laura habla siempre de un “internado”. Sin embargo, reconocerá también que fue integrada a un programa de adopción internacional que no prosperó. En efecto, este internado declaraba como “huérfanos” a aquellos niños que ya no tenían contacto con su familia desde hacía cinco años y ponía en marcha procesos de adopción.

vive y asume sus relaciones filiales “inventadas” (Fonseca, 2000: 56) con las distintas personas que la han criado.

### **Los parentescos por elección de Laura**

Conocí a Laura cuando estaba realizando entrevistas en un jardín infantil de una colonia popular. Posteriormente simpatizamos e hice amistad con su cónyuge, sus hijas, su familia política y algunos miembros de su familia nuclear. Desde 2006, nos vemos regularmente y nos comunicamos por correo electrónico y por teléfono. A continuación, algunos apuntes que escribí en mi diario de campo en ocasión de nuestra primera entrevista:

Laura tiene veintitrés años, es de tez morena y cabello negro, lleva un chalequillo deportivo y un pantalón de deporte. Llega con un bebé en brazos, envuelto en una cobija. Me dice en un tono a la vez orgulloso y apenado: “¡Tengo tres hijas!”... y tan sólo veintitrés años. “¡Pero ya no quiero más!”. Es de un natural bastante desconcertante [...]. Al parecer Laura no ha interiorizado la posición de sumisión tan típica del trabajo de empleada. Me mira directamente a los ojos y habla sin pudor alguno, entre dos carcajadas. [Mientras la interrogo acerca de su actividad de empleada doméstica], explica que tiene muy poco tiempo en este trabajo. [...] Ella misma no tiene mucha experiencia en este campo, pero su mamá se dedicó a esto durante toda su vida [...]. A continuación hablamos del trabajo propiamente dicho. No comprendo muy bien lo que hace en este momento. Creo entender que desde hace dos días se dedica a limpiar un departamento en una familia, hasta las dos de la tarde – y está contenta porque están satisfechos con su trabajo [...]. Aparte de esto, Laura vende productos cosméticos de puerta en puerta (sólo con clientas conocidas) y de noche vende teléfonos celulares en una oficina. Pero en este momento sus ingresos y los de su esposo sólo les sirven para “tapar los hoyos” y pagar las innumerables deudas que tienen. Su hija menor, la que acaba de nacer, se ha enfermado de gravedad y debieron adelantar dinero para las medicinas, la hospitalización, etc. [Diario de campo, 25 de julio de 2006].

Después de esta primera entrevista informal, Laura me invitó a su casa para que conociera a sus dos hijas mayores y a su cónyuge. Los cinco viven en una pequeña habitación, a unos pasos de la escuela de las niñas. Un poco más tarde tomamos el bus y nos dirigimos con Lucía, su hija más joven, hacia una pequeña ciudad al norte de Bogotá donde vive su madre. En efecto, Laura quiere que yo dé testimonio de la vida de Cecilia y de la explotación que sufren las empleadas domésticas en el país. Sin embargo, la excitación que provoca mi visita no nos permite profundizar en esta discusión. Andrés, así como algunos amigos de la familia, se encuentran presentes y desayunamos juntos entre grandes carcajadas. Posteriormente, Laura me presenta a las distintas familias que conoce en la ciudad, en particular a una pareja de ex patronos de su madre. Regresamos con los brazos llenos de flores, mientras que la entrevista con Cecilia en definitiva sólo se llevaría a cabo tres años después, en un parque público, en presencia de Andrés, sus amigos, Laura, sus tres hijas y Gerardo. Las relaciones de Laura con su madre constituyen para ella un constante motivo de preocupación. Cada vez que nos encontramos me habla de Cecilia, de su amor por ella, pero también de las relaciones conflictivas que mantienen. Con frecuencia

dice que sufre por haber sido separada de su madre y de sus hermanos y hermanas, y se queja amargamente de falta de amor materno. En efecto, su infancia estuvo dividida entre distintas casas hogar y, en su opinión, su madre estuvo relativamente ausente de su educación. Para referirse a las distintas personas que la han criado no usa la palabra “padres”, sino una expresión popular que hace hincapié en la diversidad y el eclecticismo de estas figuras de autoridad:

C – Entonces mi infancia es más que todo eso... como el quedarse con Raymundo y todo el mundo y no tener algo constante, algo...

F – Con Raymundo, ¿es decir?

C – Raymundo, o sea en general... un grupo muy general de personas... “Raymundo y todo el mundo”, es un decir muy... [ríe un poco] muy habitual acá... que tú te crías aquí con el vecinito de acá, con el de acá, con el de acá, con el de acá... con todo el mundo, pero nunca estás con nadie... al fin y al cabo siempre estás igual de solo...

Como se advierte, Laura concibe su trayectoria en términos de “circulación de los hijos”: quienes la criaron fueron “Raymundo y todo el mundo”. De hecho, hasta los cinco años y medio estuvo viviendo con su madre en casa de distintos patronos. Posteriormente fue colocada en un “internado”, durante seis años. A los doce años su madre la recogió del internado y vivieron de nuevo juntas, con Andrés, en una colonia popular de Bogotá. Finalmente, cuando nació su primera hija, se fue a vivir con su familia política. Y algún tiempo después pudo rentar una habitación con su cónyuge, siempre en la misma colonia.

Desde la primera entrevista formal, Laura me explicaría que los patronos de su madre ocuparon un sitio especial en su vida, en particular cuando siendo niña vivía en su domicilio. La mimaban, le compraban ropa, la trataban como “la hija”, “su hija”, “como una más de la familia”. Mientras que Cecilia debía comer sola en la cocina, Laura era invitada a la mesa de los patronos. A las protestas de Cecilia que les recordaba que Laura era su hija, los patronos respondían: “¡El que sea tu hija no le quita que sea una persona! Y pues ¿por qué no se va a sentar con nosotros?”. Su padrino de bautizo, hijo de los patronos de su madre, era para Laura “como el papá que nunca tuv[o]”. Tan pronto como regresaba de la universidad jugaba con ella, la tomaba en sus brazos y la llamaba “mi niña”. Su madrina, la hermana de su padrino, la “veía con los ojos de... mamá”. Y recuerda, no sin cierta emoción, las tonterías que hizo con Carlos Alberto, el hijo menor de los empleadores de su madre: “O sea ya como que [era] una relación de familia”. Laura vivió así en casa de sus padrinos desde que nació hasta los cuatro años y medio; y como ella misma lo dice: “Casi me crié con ellos”. Posteriormente, todos los demás patronos de su madre tendrían el mismo comportamiento con ella. Laura concluye: “Y pues me crié entre ese mundo. O sea, no puedo decir que me crié entre plata porque de plata no soy. Pero me crié con gente de esa”.

Las relaciones entre los patronos y los hijos de las trabajadoras domésticas, cuando comparten el mismo techo, en ocasiones también pueden ser difíciles. Así, Luz Dary reconoce durante una entrevista que su hermana Marisol fue violada por el empleador de su madre cuando las tres vivían en el mismo domicilio. Luz Dary rehúsa ahora cualquier contacto entre su hija y sus patronos. Asimismo, menciona el “rechazo” del cual son objeto los hijos de empleadas domésticas en el lugar de trabajo y de vida. Yenny, por su parte, está furiosa con su patrona, una joven de unos veinte años que una noche regresó ebria; la tachó de “perra”, un insulto que algunos días más tarde le repetiría su hijo. Ingrid, su patrona, no

tiene paciencia con Freddy, su hijo, a quien da en ocasiones coscorriones, lo que desagrada profundamente a Yenny. Sin embargo, se queda por Patricia, su ex patrona, hermana de Ingrid, y con quien vivía antes de que Patricia se casara.

Cuando recién llegué, vivían las dos, las muchachas... Ella es superlinda, es la mujer más... querida. El esposo, superlindo. [...] Y... adoran a Freddy, es la adoración de ellos. Y pues, la verdad, es por ellos que no me iba [...]. Pero no, pues ellos adoran a Freddy. Freddy es como si fuera un hijo de ellos, y compran ropa... bueno me ayudan. Pagan acá el colegio, ellos son superlindos. Y Freddy los adora a ellos y les dice papá y mamá [3 de agosto de 2006].

Aunque en ocasiones puede ocurrir que los patronos maltraten a los hijos de las empleadas domésticas, la mayoría de las empleadas o hijos de empleadas que hemos encontrado nos han reportado relaciones particularmente afectuosas. Los patronos los tratan “como si fuera su hijo”: “Es como un ser de la familia”, “lo adoran”, “lo cuidan mejor que yo”, nos dicen ciertas trabajadoras domésticas. Por consiguiente, las relaciones privilegiadas de Laura con sus padrinos y los demás empleadores de su madre, no constituyen un caso aislado. Además, son independientes al parecer de las relaciones de Cecilia con sus patronos: “Había patronas que la trataban bien, como había otras que la trataban mal”. Los favores de los que Laura era objeto, siendo niña (compra de libros y de material para la escuela, ropa, pequeños regalos) no eran en absoluto del gusto de su madre y a menudo la incomodaban: “A ella no le gustaba, a ella nunca le gustó eso”. Por lo tanto, estas relaciones privilegiadas entre hijos de empleadas domésticas y patronos obedecen, al parecer, a una lógica propia, irreducible al fenómeno de la *seudopertenencia familiar* que numerosos investigadores suelen identificar en el trabajo doméstico femenino.

Laura utiliza reiteradamente el verbo “criar” para referirse a sus relaciones con los empleadores de su madre, en particular con sus padrinos. Este término designa con frecuencia las relaciones que se establecen en ocasión de una “circulación de los hijos” entre los padres de crianza y los hijos que les son confiados. Así, Claudia Fonseca observa que la colocación en Brasil se expresa a través de variantes del término “criar”: “el niño que crié” (“*o menino que criei*”), “la madre que me crió” (“*a mae que me criou*”) (2000: 56). En cambio, en el caso de Laura, su madre se encuentra presente con ella en la casa de sus empleadores. Sin embargo, los patronos parecen ocupar todo el espacio parental para Laura y al parecer consideran a Cecilia como una simple “progenitora”. De ahí que durante esos años Laura haya dejado de “ser la niña de la empleada de servicio” para convertirse en “una niña más de la casa” [entrevista con Laura, 13 de agosto de 2009]. Este cambio de identidad no puede dejar de llamar la atención. Lo mismo que en la historia de Sandra, la importante desvalorización, en América Latina, de los modelos familiares propios de las zonas rurales, indígenas, y en términos generales, de las clases populares (Young, 1987: 369) puede explicar esta tendencia a negar a las empleadas domésticas la posibilidad de una “buena maternidad”.

El origen étnico de Laura y Cecilia jamás se menciona en las declaraciones de los interlocutores externos (como la directora del jardín infantil al cual asistieron durante un tiempo Virginia, Juliana y Lucía, las tres hijas de Laura); ellas mismas tampoco lo reivindican. De ello puede deducirse que Cecilia, Laura, sus hermanos y hermanas pertenecen probablemente a la categoría – muy amplia en Colombia – de “mestizos”. Marisela, en cambio, me fue presentada desde un principio como “indígena”, y al parecer ella misma reivindica tal calificativo. Su historia y la de su sobrino arrojan una

luz particularmente esclarecedora sobre esta condena a los modos de vida y las formas familiares rurales e indígenas por parte de los patronos. Marisela tiene unos treinta años, aproximadamente, y es originaria del Cauca. Siendo adolescente huyó del hogar familiar para ir a trabajar como “interna” a Bogotá. A raíz de esta experiencia, que fue desafortunada, Marisela regresó a su pueblo y, desde entonces, va y viene constantemente entre el Cauca y Bogotá, donde trabaja en “casas de familia”<sup>12</sup>. Una de sus hermanas es simple y su familia se percató muy tarde de que estaba embarazada, debido probablemente a una violación; dio a luz prematuramente a un hijo, Daniel, quien “ha tenido problemas de aprendizaje, ha sido muy enfermizo, muy desnutrido” [Entrevista con Marisela, agosto de 2007]. Las escuelas de la región no quisieron aceptarlo debido a su “diferencia”. Los patronos actuales de Marisela, cuando se enteraron del caso, le propusieron que trajera a su sobrino a Bogotá: éste podría vivir algún tiempo con ellos y mandarse hacer los estudios médicos necesarios para que mejorara su estado de salud. Muy pronto los empleadores de Marisela se encariñaron con el niño y pidieron que se quedara más tiempo. Cuando la conocí, Marisela se debatía entre su deseo de complacer a sus patronos y el de satisfacer a su familia, que reclamaba con insistencia el regreso de Daniel. Los patronos de Marisela argumentaban que Daniel “ha avanzado mucho [aquí] y que si va por allá pues va para atrás”. Esta representación de la familia urbana acomodada, que cuenta con un poder civilizador y salvador, se asemeja a la historia de Nelcy, que relata Amandine Delord a propósito de las madres colombianas que dan a su hijo en adopción (2008). Nelcy es un niña indígena originaria del Chocó. Estaba enferma de tuberculosis cuando el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar la colocó en un centro de adopción. Muy pronto, el personal del centro atribuyó su enfermedad a un modo de vida “arcaico”, y un abismo se abrió “entre un ‘nosotros’ modernos y civilizados y un ‘ellos’ salvajes e irresponsables” (Delord, 2008: 49). La adopción, legalmente imposible, pareció entonces necesaria a ciertos miembros del personal de este centro para “salvar” a una niña de la ignorancia y la bestialidad” (2008: 51).

Debido a la importancia capital de la maternidad en las sociedades latinoamericanas – donde el culto a la Madona de la Iberia católica sigue desempeñando un papel clave, no sólo en Brasil (Fonseca, 1985: 1005) sino en todos los países de colonización española –, esta *sustitución de parentesco* resulta todavía más problemática. Justificada por una forma de “salvación” del niño, implica la negación de un estatuto social indisociable de la identidad de la mujer, a pesar de que sea altamente valorado. Sin embargo, tanto en el caso de Laura como en el de Marisela, la sustitución de parentesco sólo fue temporal y dependía casi exclusivamente de la coresidencia. Hoy en día Laura ya no mantiene vínculo alguno con sus padrinos, ni con Carlos Alberto: “Como que esto ya pasó a segundo plano [...]. Eso ya deja de ser... deja de ser la amistad de infancia, pues, a ser [silencio] ‘no te conozco’...! y ya!”. Laura experimentaría dos rupturas con el mundo de los empleadores de su madre – quienes la “criaron” hasta los seis años. La primera coincide casi exactamente con el final de la coresidencia, cuando Laura fue colocada en el internado-orfanato. En efecto, estos distintos patronos dejarían poco a poco de visitarla, lo mismo que su madre. La segunda ruptura fue más simbólica y se relacionó con una decepción amorosa. En efecto, al poco tiempo de haber egresado del internado Laura, siendo adolescente, volvió a encontrarse con el hijo de ex patronos de Cecilia con quienes había vivido durante la infancia<sup>13</sup>. Entablan

<sup>12</sup> Como empleada doméstica.

<sup>13</sup> No se trata de la familia de sus padrinos, sino de otros patronos con los cuales vivió posteriormente, entre los cuatro años y medio y los cinco años y medio.

una relación amorosa, cuyo desenlace sería desafortunado. Sin embargo, la ex patrona de Cecilia estaba encantada con esta unión y su hija ya llamaba a Laura “la cuñis”, “mi cuñada”. En el momento de la separación Laura sufrió una grave depresión, que la seguiría durante toda su vida.

En la historia de vida de Laura, los lazos de parentesco “inventado” con sus padres de crianza no pueden concretarse en un parentesco por afinidad. Este conflicto entre parentesco de crianza, ligado al trabajo doméstico, y parentesco por afinidad, también fue vivido por Carmen, durante una de mis estancias en Colombia. En efecto, Carmen dice haber sido criada por su ex patrona, a quien llama “tía” en presencia de extraños, y “mami” en la intimidad. Durante un tiempo, uno de los hermanos de su patrona (su “tío”) le hizo proposiciones. Cautivada ante la perspectiva de “formar realmente parte de la familia”, reflexionó detenidamente acerca de esta propuesta. Sin embargo, la oposición de la familia de su patrona la hizo desistir de esta eventual unión, aunque no sin protestar enérgicamente: “¡Pero no tenemos lazos de sangre!”. La imposibilidad, para Laura, de “formar realmente parte de la familia”, constituye para ella un conflicto todavía sin resolver. En efecto, insiste con frecuencia en su inadecuación a los códigos morales y sociales de su propia clase social y se clasifica a sí misma dentro de un estrato social superior al del resto de su familia nuclear: gracias a la educación que le dieron los patronos de su madre, no es una “pobre resentida”, como me diría en nuestra primera entrevista. La reacción de uno de sus amigos, que Laura relata probablemente con ciertas deformaciones, subraya este desacuerdo entre su apariencia y su sentimiento de pertenencia a una clase social. Al decir de Laura, este joven, que goza de cierto bienestar económico (posee un automóvil, tiene una carrera) no podría creer, al verla, que proviene de un medio social desfavorecido. Laura precisa que, de acuerdo con este amigo, su manera de hablar y vestir no corresponde a su clase social. Lo más extraño es que Laura se clasifica a sí misma incluso por encima – socialmente hablando – de este joven a quien califica como un “pobre levantado”: sus padres no tenían nada, “no nacieron sino que se hicieron”. Tales calificativos son altamente despectivos en Colombia. Ella misma parece querer decir que conoció a los ricos, a los verdaderos, a aquellos que heredaron su fortuna (que se designan en Colombia como “los de cuna”). Asimismo, Laura se indigna de que una de sus amigas no crea en las “clases de etiqueta”, que ella habría recibido siendo niña: “Pero como yo le digo: usted no puede pedir que yo me exprese bien con una persona que conmigo se está expresando mal”, protesta Laura. Este vaivén entre pertenencia y no pertenencia a la clase social de los patronos de su madre – los que la criaron – provoca en Laura cierta amargura. Durante nuestra última entrevista, que tuvo lugar en agosto de 2009, lamentaría finalmente esta educación: “[...] en vez de educarme me malcriaban”. Entre sus recuerdos de internado, Laura menciona que dentro de la institución existía una división espacial entre las muchachas de buena familia, que recibían una educación encaminada a convertirlas en esposas y madres de familia cumplidas, y las huérfanas, destinadas a la adopción. Laura dice haber ingresado a este internado-orfanato como muchacha acomodada, debido a que los patronos de su madre habían hecho una donación previa. Pero progresivamente se habría ido acercando al estatuto de huérfana. En una discusión imaginaria con estos niños burgueses, Laura explica: “[...] yo me crié entre ustedes, pero yo no soy como ustedes... [...] Yo soy de esa ‘plebe’ que ustedes llaman...”.

Sin embargo, las relaciones con sus hermanas, en particular, llevan el sello de esta diferencia de “educación”. Entre mi primera estancia en Bogotá y la última visita a la capital colombiana en 2009, Laura, su cónyuge y sus hijas se hospedaron en la casa de una de las hermanas de Laura, por motivos económicos. Sin embargo, Laura y su hermana se

pelearon muy pronto acerca de la educación que convenía dar a sus hijos. Desde entonces sólo se ven de manera muy esporádica. Para explicar estos desacuerdos, Laura se remonta a sus infancias, durante las cuales les fueron transmitidos valores opuestos:

Porque yo fui criada con un pensamiento liberal... [...] Yo fui criada con... con mente abierta [...].

F – ¿Y cómo así que fuiste criada con un pensamiento liberal? ¿Por quién o...?

C – Por la gente que yo escuchaba alrededor... porque yo fui criada con mucha cultura... gente que leía mucho, que le hablaba a uno abiertamente [...]. Gente que a uno le está enseñando... Mira, mi mamá tuvo una patrona que me enseñó sobre Virginia Alf [...].

F – ¿Virginia Woolf?

C – Sí, sí, Virginia...[...] Sí, y entonces ella me decía: “Es que esta mujer es feminista, ¡era una mujer de mente abierta! Que en su tiempo era criticada por lo que pensaba por las mujeres que [...]” ¡En cambio ellas no! ¡Ellas se criaron como burritos! ¡Aprenda a trabajar! ¡Aprenda a hacer un curso de belleza! Peinarle el cabello y lo demás... ¿y eso es vida? ¡No!

Sin embargo, al concluir nuestra entrevista que se llevó a cabo en un parque público, Cecilia aprovechó que estuviéramos relativamente apartadas de Laura para confiarme lo que opinaba de la manera como su hija llevaba su vida. Según ella, Laura sería la más “fregada” de todas sus hijas, aquella que se encuentra en la situación económica más delicada: Sandra concluyó su bachillerato y trabaja ahora, desde hace varios años, como taquillera para la compañía de autobuses articulados de la capital; Ángela y Lorena, por su parte, pudieron seguir estudios superiores y son, respectivamente, asistente en un consultorio dental y gerente de un restaurante. En cuanto a Laura, cuando la depresión la deja trabajar, ella va de “trabajito” en “trabajito”: a veces como mesera en un restaurante, otras como niñera durante algunas horas al día, o bien como empleada doméstica “interna” “por días” en “casas de familia”. Esto la acerca a la trayectoria profesional de su madre quien, después del servicio doméstico como “interna”, trabajó en restaurantes como mesera, y luego como cocinera. Actualmente Cecilia ocupa un puesto de responsabilidad en una obra, después de haber sido contratada como carpintera. Sin embargo, me dice Cecilia, Laura tuvo la oportunidad de estudiar, pero no supo aprovecharla.

En efecto, a raíz de sus dos rupturas con el universo de los patronos de su madre, Laura se volvió “rebelde”. Las relaciones que entabló posteriormente con los empleadores de su madre, fueron mucho menos afectivas y estuvieron más ligadas a una forma de interés económico, como el financiamiento de su escolaridad en establecimientos privados. Al parecer, Laura no se comprometió realmente con estos lazos de apoyo material y huyó una y otra vez de los colegios privados, a pesar de que éstos son altamente valorados en Colombia y constituyen el signo de cierto ascenso social. Estos apoyos financieros son mucho más valorados por Cecilia, quien dice haber “colocado a su hija en los mejores establecimientos”, aunque sin haber obtenido resultado alguno. La participación económica de los patronos de Cecilia en la educación de Laura – que ocurrió cuando éstas ya no vivían en el domicilio de los empleadores – recuerda los lazos de compadrazgo que pueden existir, en Bogotá, entre una empleada doméstica y sus patronos. En el transcurso de nuestro trabajo de campo sólo hemos detectado cinco casos de este tipo, aunque es probable que esta práctica sea más frecuente o, por lo menos, lo haya sido. En los cinco casos estudiados, se trata siempre de lazos

establecidos mediante el rito del bautizo. El hijo de la empleada doméstica es todavía un bebé cuando la criada comienza a trabajar en casa de sus futuros compadres, o bien nace poco tiempo después. Las relaciones de compadrazgo entre Consuelo y sus patronos, y entre Mary y sus empleadores, se concretan en importantes apoyos materiales, no sólo para la educación de los ahijados, sino también para todo el círculo familiar. Así, Consuelo lamenta haber perdido “la amistad” de su comadre y ex patrona, por culpa de uno de sus hijos: cuando se encontraba trabajando fuera de Bogotá, había enviado a su hijo, Jorge, a que pidiera ayuda a la madrina de su última hija. Su comadre había dado trabajo a Jorge en su empresa. Sin embargo, “viendo la situación de hambre y de pobreza” de su casa, Jorge robó varias veces de la caja. Desde entonces Consuelo, avergonzada, ya no osa llamar a su comadre. Insiste una y otra vez en la pérdida material que representa semejante ruptura: “Y me retiró a mí la... la ayuda y todo lo que tenía con ellos. ¡Yo tenía MUCHO que ganar con ellos!”. Asimismo, Mary cuida sus relaciones de compadrazgo con sus ex empleadores. Además del dinero que le dan para que su hijo continúe sus estudios superiores, su comadre sigue declarándola como su empleada para que pueda cobrar el seguro social y una jubilación.

Mary, Consuelo y sus hijos no viven – nunca han vivido – en el domicilio de sus empleadores. El compadrazgo que se ha establecido en su caso no guarda relación alguna con una eventual coresidencia. Por otra parte, las relaciones entre compadres no son menos importantes que eventuales relaciones privilegiadas entre ahijados y padrinos. Finalmente, la totalidad del grupo familiar de la empleada doméstica se ve beneficiado con los apoyos materiales. De esta manera, desde el momento en que ya no existe la coresidencia, la *sustitución de parentesco* se vuelve menos apremiante y el hijo se convierte en “moneda de cambio” entre las distintas clases sociales (Christinat, 1989: 96). La historia de Laura y de sus parentescos por elección nos incita así a profundizar en las dinámicas que subyacen en la elaboración del sentimiento familiar a través de la coresidencia.

### Cuadro – Lista de personas interrogadas

Personas interrogadas	Edad en el momento de la primera entrevista	Empleo en el momento de la primera entrevista
Jimena	42 años	Vendedora ambulante
Cecilia	56 años	Responsable de obra
Laura	23 años	Distintos trabajitos ocasionales
Yenny	30 años, aproximadamente	Empleada doméstica <i>interna</i>
Luz Dary	25 años	Empleada doméstica <i>por días</i>
Marisela	30 años	Empleada doméstica <i>interna</i>
Carmen	43 años	Ama de casa
Consuelo	46 años	Encargada de una tienda de abarrotes
Mary	54 años	Empleada doméstica <i>por días</i>

### REFERENCIAS

Alzate Echeverry, Luz Helena; Gómez Cuervo, Patricia; Montoya López, Darnelly y Luz María Quintero Sánchez

1986 *Análisis comparativo de la situación económica, familiar, laboral y educativa de las empleadas del servicio doméstico interna frente a la externa de la ciudad de Manizales*, Trabajo de grado, Universidad de Caldas, Facultad de trabajo social, Manizales.

Barreto, Juanita Gama (comps.)

2001 *Trabajo doméstico infantil y juvenil en hogares ajenos: de la formulación de los derechos a su aplicación. Cuatro estudios locales en Colombia*. UNICEF y Save The Children-UK, Bogotá.

Cárdenas, Mauricio y Arturo Harker

2006 *Determinantes del empleo y de los ingresos del servicio doméstico en Bogotá*. Informe final, Fedesarrollo, Bogotá.

Castro, Beatriz

2003 El Servicio Doméstico en Colombia a principios del siglo XX bajo la mirada de una mujer protestante. *Economía y Sociedad*, 4, abril: 121-136.

Chaney, Elsa y Mary García Castro (comps.)

1993 (1989) *Muchacha, cachifa, criada, empleada, empregadinha y... más nada. Trabajadoras del hogar en América Latina y el Caribe*. Editorial Nueva Sociedad, Caracas.

Christinat, Jean-Louis

1989 *Des parrains pour la vie. Parenté rituelle dans une communauté des Andes péruviennes*. Editions de l'Institut d'Ethnologie, Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, Neuchâtel-Paris.

Delord, Amandine

2008 *Une anthropologie du « don en adoption »: les mères de sang en Colombie*, Master 2 Recherche Anthropologie, Université Paris III, La Nouvelle Sorbonne, IHEAL, Paris.

Drouilleau, Félicie

2009 Exode et domesticité à Bogotá. *Travail, genre et sociétés*, 22, Novembre: 75-96.

Duarte, Iris

1993 (1989) Las trabajadoras domésticas dominicanas. E. Chaney y M. García Castro (comps.) *Muchacha, cachifa, criada, empleada, empregadinha y... más nada. Trabajadoras del hogar en América Latina y el Caribe*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas: 177-194.

Fonseca, Claudia

1985 Valeur marchande, amour maternel et survie: aspects de la circulation des enfants dans un bidonville brésilien. *Annales*, 40 (5): 991-1022.

Fonseca, Claudia

2000 La circulation des enfants pauvres au Brésil: Une pratique locale dans un monde globalisé. *Anthropologie et Sociétés*, 24 (3): 53-73

García Castro, Mary; Quintero, Bertha y Gladys Jimeno

1981 *Empleo doméstico, sector informal, migración y movilidad ocupacional en áreas urbanas en Colombia*, Proyecto PNUD-OIT COL/72/027 Migraciones Laborales, Bogotá.

Leinaweaver B, Jessaca

2008 *The Circulation of Children. Kinship, Adoption and Morality in Andean Peru*, Duke University Press, Durham-London.

Leinaweaver B, Jessaca

2007 On Moving Children: the Social Implications of Andean Child Circulation. *American Ethnologist*, 34(1), February: 163-180.

Léon, Magdalena

1993 (1989) Trabajo doméstico y servicio doméstico en Colombia. E. Chaney y M. García Castro *Muchacha, cachifa, criada, empleada, empregadinha y... más nada. Trabajadoras del hogar en América Latina y el Caribe*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas: 281-302.

León Magdalena

1987 Colombia: trabajo doméstico y servicio doméstico. M. Schuler (comp.) *Poder y derecho. Estrategias de las mujeres del tercer mundo*, OEF International, Washington: 333-346.

Mártinez Gómez, Ciro Leonardo

2006 *Las migraciones internas en Colombia. Análisis territorial y demográfico según los censos de 1973 y 1993*. Universidad Externado de Colombia, Bogotá.

Meertens, Donny; Viveros, Mara y Luz Gabriela Arango

2008 Discriminación étnico-racial, desplazamiento y género en los procesos identitarios de la población "negra" en sectores populares de Bogotá. M. Zabala Argüelles (comp.) *Pobreza, exclusión social y discriminación étnico-racial en América Latina y el Caribe*, Siglo del Hombre Editores y Clacso, Bogotá: 181-214.

Meertens, Donny

2001 Populations déplacées en Colombie et insertion urbaine. *Annales de la recherche urbaine*, 91, Décembre: 118-127.

Meertens, Donny

2000 *Ensayos sobre tierra, violencia y género*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Meertens, Donny

1999 Desplazamiento forzado y género: trayectorias y estrategias de reconstrucción vital. F. Cubides y C. Domínguez (comps.) *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá: 406-455.

Osorio Pérez, Flor Edilma

2003 Migraciones internas y recomposición territorial. *Ambiente y Desarrollo*, 12: 29-51.

Posso, Jeanny

2008 Mecanismos de discriminación étnico-racial, clase social y género: la inserción laboral de mujeres negras en el servicio doméstico de Cali. M. Zabala Argüelles (comps.) *Pobreza, exclusión social y discriminación étnico-racial en América Latina y el Caribe*, Siglo del Hombre Editores y Clacso, Bogotá: 215-240.

Quintero, Bertha

1981 Condiciones de vida y de trabajo de las empleadas domésticas en Bogotá. M. García Castro, B. Quintero, G. Jimeno *Empleo doméstico, sector informal, migración y movilidad ocupacional en áreas urbanas en Colombia*, Proyecto PNUD-OIT COL/72/027 Migraciones Laborales, Bogotá: 2-84.

Rollins, Judith

1990 Entre femmes. Les domestiques et leur patronne. *Actes de la recherche en sciences sociales*, 84: 63-77.

Romero, Mary

1992 *Maid in the U.S.A.* Routledge, New-York/London.

Rubbo Ana y Michael Taussig

1981 El servicio doméstico en el suroeste de Colombia. *América Indígena*, XLI (1), Enero-Marzo.

Vidal, Dominique

2007 *Les bonnes de Rio, Emploi domestique et société démocratique au Brésil.* Presses Universitaires du Septentrion, Villeneuve d'Ascq.

Walmsley, Emily

2008 Raised by Another Mother: Informal Fostering and Kinship Ambiguities in Northwest Ecuador. *Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, 13(1): 168-195.

Weber, Florence

2005 *Le sang, le nom, le quotidien. Une sociologie de la parenté pratique*. Editions  
aux lieux d'être, Paris.

Young, Grace Esther

1987 The Myth of Being « Like a Daughter ». *Latin American Perspectives*, Issue 54,  
14(3), Summer: 365-380.